



Miradas a otros mundos

Lo prehispánico y virreinal desde la
minificción de autoras mexicanas

*Cecilia Eudave
Adriana Azucena Rodríguez
(Coords.)*



Quarks
Ediciones Digitales

Miradas a otros mundos
Lo prehispánico y lo virreinal desde la
minificción de autoras mexicanas

Serie
Deluxe
3

Miradas a otros mundos
Lo prehispánico y lo virreinal desde la
minificción de autoras mexicanas

Cecilia Eudave
Adriana Azucena Rodríguez
(Coordinadoras)



Miradas a otros mundos: lo prehispanico y lo virreinal desde la minifici3n de autoras mexicanas

Serie: *Deluxe Nro. 3*

Primera edici3n digital: septiembre de 2021

© De los textos, sus respectivos autores, 2021

© Del pr3logo, Carmen Alemany Bay, 2021

© De la coordinaci3n, Cecilia Eudave y Adriana Azucena Rodr3guez, 2021

© V3squez Guevara Corporaci3n Editorial E.I.R.L., 2021

para su sello Quarks Ediciones Digitales

RUC 20607237248

Corbacho 383, Urb. Santa Luzmila.

Lima 15314, Per3

Telef. +51977384130

E-mail: quarks.edicionesdigitales@gmail.com

Web: <http://quarksedicionesdigitales.wordpress.com>

Diseño de portada: Antonio Paz Fern3ndez

Detalle de portada: freepik.es

Diagramaci3n: Unidad de diseño

Hecho el Dep3sito Legal en la

Biblioteca Nacional del Per3 N° 2021-09962

ISBN N° 978-612-48697-0-9

Libro electr3nico disponible en:

<https://quarksedicionesdigitales.wordpress.com>

Prohibida la reproducci3n total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin el permiso por escrito de los autores y/o de la editorial.

Todos los derechos reservados.

Algunas notas a propósito de esta antología

Carmen Alemany Bay

No cabe duda de que la minificción es un género que en este siglo XXI está adquiriendo una presencia muy notable. Estamos ante un tipo de discurso que compatibiliza a la perfección los hallazgos más señeros de la narrativa reciente. Su capacidad de síntesis, de atrevimiento, su manera de entregarse al lector para que descubra por sí mismo el significado último lo dotan de un enorme atractivo.

Como cualquier discurso literario, las minificciones abordan infinidad de temáticas. Sin embargo, no es usual –podríamos decir que casi inexistente– encontrarnos con textos de esta índole que abarquen una temática, como lo es la recuperación de lo prehispánico y lo virreinal en el ámbito mexicano, que sí ha tenido suficiente resonancia en la novela. Y este es sin duda uno de los principales logros de la presente antología, *Miradas a otros mundos: lo prehispánico y lo virreinal en minificciones de autoras mexicanas*. Otro, sin duda, e implícito en el título, es que esta empresa ha sido llevada a cabo por escritoras de reconocido prestigio en el género, y otras que empiezan a despuntar en este campo literario. Ellas pertenecen a diversas geografías del país, lo cual ofrece una descentralización siempre necesaria; amén de la inclusión de narradoras que escriben en lenguas originarias y que con timidez se están incorporando a la literatura escrita. Sus editoras, Cecilia Eudave y Adriana Azucena Rodríguez, han sabido dar en la tecla al convocar a estas narradoras para conformar, desde la minificción, un

entramado literario que se centra en un amplio arco temporal y fundamental de la historia de México.

En estas páginas, el lector/a podrá encontrar cómo con sagacidad, y en no pocas ocasiones con sentido del humor, nuestras autoras reinterpretan los mitos, personajes y leyendas del período prehispánico y del virreinal; así como también costumbres de época y, sobre todo, cómo las mujeres –mayormente protagonistas en estas historias– se han hecho fuertes ante la adversidad. Desde la más intensa imaginación se configuran nuevos mestizajes cargados de trasgresión y que en su seno interno plantean, entre otros asuntos, uno crucial en la actual literatura latinoamericana como es la identidad, tanto desde un punto de vista histórico como y/o de género.

En *Miradas a otros mundos*, como decíamos en líneas precedentes, nuestras escritoras han construido sus relatos utilizando aleatoriamente datos históricos, sociales y culturales pertenecientes a la época anterior a la emancipación de México, que se incardinan con menciones, alusiones, reflexiones y consideraciones varias. No con el fin de elaborar una reconstrucción histórica del pasado mexicano –como en ocasiones se ha hecho desde la novela–, sino como reacción estética, no exenta de lo lúdico, que propone parámetros distintos a los habituales.

Por estas páginas pasan personajes inscritos en la Historia junto con otros que no han sido registrados por esta, fundamentalmente por las crónicas. Un lugar privilegiado tiene el pasado prehispánico con sus aconteceres, sus nombres, sus problemáticas, sus costumbres. El otro gran eje argumental es ese período virreinal, tan rico, sugerente y diverso como el anterior, en el que se conjugan la vida cotidiana o personajes tan

trascendentales como sor Juana Inés de la Cruz; y como derivación, el mundo conventual femenino repleto de figuras disidentes y heréticas. Sin olvidarnos de la irrupción de los españoles llegados a esas tierras –también Hernán Cortés aparece en estas páginas, pues su sombra es alargada–, y todas sus consecuencias, entre ellas, la Inquisición; una institución denotativamente masculina y patriarcal que atacó de sobremanera a las mujeres de forma violenta y misógina con sus procesos a beatas e iluminadas, a judías judaizantes.

Miradas a otros mundos conforma un tapiz inédito en la literatura mexicana. Cada una de las piezas que el lector/a tiene ante sus ojos nos redescubre un mundo que fue, que existió, y que ahora estas escritoras reinventan para ti, para tu gozo.

ADRIANA
AZUCENA
RODRÍGUEZ

Viaje al inframundo

Xólotl y yo íbamos camino al Mictlán. Me guiaba a través de las entrañas de la tierra. Lo distrajo un hueso gigante, una cabeza como de Quetzalcóatl, que mordisqueó aunque era tan grande como una casa; persiguió a un gato pedante, todo vendado y enjoyado, y probó suerte en el amor con una perrita de tres cabezas. Se desvió persiguiendo a un señor raro con alas que iba en dirección contraria a la nuestra. Terminamos en este sitio luminoso y aburrido: “El Cielo”, le dicen.

Tour por México

Te ofrecí mi corazón, pero tú exigías uno cada atardecer.

Castas

Ante la desesperación del clero, proliferaban los “endemoniamentos”. Seducía el Maligno a una niña y así hacía caer en pecado a curas y jornaleros —previo pago a la madre de la endemoniada—. Embarazaba a una joven casada y el franciscano veía al demonio en pleno acto de posesión. Esa legión de diablos dio origen a un nuevo mestizaje que no figura en los catálogos de castas: diablitos que morían con sus madres en celdas y hogueras.

Dónde vas, pobre de ti

Cervantes llegó, por fin, a la Nueva España. Traía bajo el brazo algunos capítulos de la historia que había comenzado en la Península y continuado durante la travesía: un hidalgo que había enloquecido; pero en esas tierras imposibles, descubrió una locura descomunal. Terminó por utilizar sus folios para envolver las mercaderías que enviaba a España. Así llegaron a manos de una tal Aldonza, amiga de un converso de nombre Cide Hamete Benengeli, quien los transcribió y se convertiría en padre de la lengua española.

ANGÉLICA
SANTA OLAYA

La otra historia

Los pedazos, desgarrados y sangrantes, de Coyolxauhqui rodaron cerro abajo mientras Huitzilopochtli arrojaba al cielo la cabeza de su hermana que, al instante, se convirtió en la luna. Desde entonces, cada noche, la desmembrada, convertida en astro, arroja la luz de los que, por seguirla, fueron salvos de la furia de Huitzilopochtli, y se acurrucan a su lado en forma de estrellas. Pero, sobre todo, ella alumbra la oscuridad donde quedó enterrada la historia de una mujer que lideraba a cuatrocientos hombres y que fue asesinada para romper en pedazos su poder. Tal como sucede hoy cuando alguna heredera de la guerrera azteca, poseedora del cántaro donde burbujan la vida y la muerte, osa empuñar la vigorosa palabra capaz de mover hombres y montañas.

Libre al fin

María Magdalena Catarina Dávalos de Bracamonte y Orozco, Tercera Condesa de Miravalle, era conocida por las siete haciendas heredadas de sus virreinales antepasados y por los nueve hijos que procreó junto al despilfarrador Pedro Antonio quien, al fin, en paz descansó porque en vida no descansaba ni la dejaba descansar a ella. No había año sin embarazo. Viuda quedó y hubo de compartir con su padre los deberes económicos porque, habiendo hombre de por medio, ella no tenía derecho a decidir más que el menú del día en la cocina. Pero, al igual que el yerno, el padre de la condesa no supo defender a cabalidad las propiedades de la familia. Tuvo que llegar, otra vez, la muerte a salvarla de la siempre bien ponderada incapacidad de sus hombres. Muerto el padre, Catarina le hizo un sepelio con tanta pompa como fue posible y tomó las riendas de las propiedades y los dineros. Pagó las muchas deudas de su marido y se dedicó a recuperar lo perdido enfrentándose, incluso, a los benditos y poderosos jesuitas a quienes arrebató, legalmente, las haciendas de Michoacán.

María Magdalena, a pesar de su nombre, no sabía mucho de llorar. Había que tener paciencia y celebrar la casual fortuna porque la vida es un campo de batalla, decía. Por eso añadió a su lista de actos inolvidables las fastuosas fiestas que duraban días enteros en la Hacienda de Tacubaya. Un día se le terminó la batalla y, desde entonces hasta hoy, vaga por las noches, camuflada por la macilenta luz de las farolas, sin que nadie la vea, en busca de fandango, por las calles de la finca que fue suya y por la que hoy deambulan, libro y vaso de café en mano, esos excéntricos fantasmas con sombrero que ha escuchado nombrar

como Hipsters de la Condechi, que mucho leen y mucho caminan, pero de mover el tacón en un minué, nada.

Otras circunstancias

Te voy a contar una historia. Por 90 pesos, libres de escritura y alcabala, me compraron, un día, por ser robusta y útil para cualquier clase de servicio. “Buena cocinera, molendera de chocolate, café, lavandera, dulcera y otras circunstancias...”, me enteré que decía el anuncio del Diario de México de la Nueva España. Las “otras circunstancias” incluían la cama del patrón que me dejó preñada y luego, cuando ya no pude ocultar la panza, me mandó a cortar cañas a los plantíos de azúcar para malograr la vida que dejó en mi vientre. Yo quería ese niño, no porque fuera de él, sino porque era mi primer hijo.

Mientras mi hijo moría, la patrona paría un niño, blanco como las nubes, por el que ahora, además, soy chichigua. Mi leche es clara como la piel de ese niño que en mis negros pechos encuentra el alimento que su madre no tiene. Sí, soy negra. Pero el alma de tu padre, mi niño, ese que mató a mi hijo, es más oscura que esta esclava y renegrada piel.

AZUCENA
FRANCO

Mayáhuel

Ameyali fue arrancada del terruño olmeca, para usarla como esclava. Con 20 años, aunque menor en apariencia, la muchacha resultó también la diversión de Fernán, que, abusivo, la sorprendía alzándole el huipil para acariciarle los pechos, otras veces, la penetraba con rudeza. Ella se resistía como podía, tiraba codazos, gritaba; en una ocasión le mordió la mano, Fernán logró zafarse, cada vez la golpeó furioso, acusándola de rebeldía. En sus irrupciones, el español aprendió a tapparle la boca con un pañuelo, para que no gritara, ni mordiera.

Una tarde, Noxochih, un texcocano también esclavo, vio entrar a Ameyali al granero se acercó a ella, en silencio le entregó el puñal de obsidiana, una reliquia usada para sacar corazones, en las antiguas guerras floridas. Se miraron, sin palabras se entendieron. Esa noche Ameyali llegó al cuarto de Fernán, estaba dormido y borracho. Se acercó con el puñal y un mazo, pues solo los sacerdotes muy especializados pudieron sacar el corazón de un tajo. En silencio, con cuidado quitó sábanas, camisa, colocó el filoso puñal en el lugar exacto. De un golpe con el mazo, a modo de martillo y clavo, atravesó el pecho de Fernán. El grito fue desgarrador, por instinto, el hombre alzó las manos, al tocar un objeto se agudizó el sufrimiento, una figura furtiva desaparecía.

Presurosa, Ameyali salió de la casa, mientras se alejaba siguió escuchando alaridos desesperados. La gente adentro se aprestaba a ver qué había pasado. La joven corrió hacia la huerta, la atravesó de prisa, en la reja estaba Noxochih, los perros como locos ladrando. Todavía tenían que cruzar la magueyera, pero en esa noche oscura, los agaves no se distinguían.

Mayáhuel, al pendiente, abrió las líneas sembradas, los magueyes se desmayaban de uno y otro lado, dejando el camino

disponible para Ameyali y Noxochih, luego lo cerró impidiéndoselo a los perros. Los muchachos llegaron hasta los límites de la hacienda; con viejas tinajas lograron armar un altillo, alcanzaron la orilla de la barda que tenía cristales cortados, ahí arriba aparecieron duras pencas que usaron para protegerse las manos, saltaron a un campo raso, al fin libres, siguieron corriendo.

Ilusa

Corría el año de 1705, María Concepción una peninsular alta y garbosa, entrada en años, llegó a la Nueva España, enviada por su madre, para casarse con don Alfonso. La convenció diciendo haberle conseguido un marido apuesto y rico, que las sacaría de pobres. Cuando Conchita llegó ambos se decepcionaron, la madre había levantado grandes esperanzas, ella se encontró a un viejo, fanfarrón y petulante. Don Alfonso embaucado conoció a una española mayor, venida a menos.

El hombre había emprendido varios negocios: comercio de telas, aceites, especias, sin éxito alguno, nunca había amasado siquiera un pequeño peculio. Decidió incursionar en la explotación minera. Aprovechó la llegada de María Concepción para presentarla a los agiotistas, haciéndoles creer que en la madre patria contaba con una fortuna. A ella la hizo firmar letras y pagarés, garantías de los préstamos recibidos.

Apenas un año después, murió don Alfonso. Conchita se quedó en un lugar extraño, sola y endeudada. Los usureros exigían pagos e intereses, amenazándola con la mazmorra, ella lloraba, su madre a distancia no podía solucionar nada. No acertaba que hacer, se acercó a la iglesia, resultó paisana del párroco, pensó hacerse monja, pero sabía que no la admitirían, no contaba con una dote para mantenerse internada.

Una tarde, saliendo de misa, María Concepción en el atrio de la iglesia, se subió a un pedestal sin estatua, vestido blanco, ojos entrecerrados, empezó a hablar como niña pequeña, decía ver a Jesús. De sus propios paños, se untaba sangre en brazos, aseguraba transmitir el mandato de Dios: fe, obediencia, compasión. La gente la miraba con curiosidad, algunas señoras con repulsión, otras se santiguaban, cualquiera sentía pena.

—¡No la despierten, es una mística!, tiene premoniciones, no es ninguna bruja, la conozco bien. Los caminos del señor son misteriosos -dijo el cura.

Así duró un buen rato, hasta que estuvo en paz.

—¿Dónde estoy? -preguntó. Las monjas la bajaron, la llevaron al convento. El padre sugirió que se quedara ahí, la vida de rezos y sacrificios la mantendría del lado del señor. En adelante, “la mística” permaneció en el convento, por las dudas, cada cierto tiempo caía en trance.

CARMEN ROS

Fortuna negra

Para Alejandra Aguilar y Sagrario Cruz

Cuatro fueron los hijos que Mariana, negra congoleña, parió del amo. Aunque esas criaturas nacieron esclavas, don Antonio les dio carta de libertad. Pero no a ella.

Mariana, que antes tuvo otro nombre, corrió a ocultarse con sus hijos a las Cuevas del Cubo. La acusaban ante el Santo Oficio de darle toloatzin al amo, don Antonio. Murumacas: querían quitarle la hacienda de San Diego del Biscocho. Fue ella quien la hizo pródiga en ovejas, trigo, maíz y hasta algo de viñedos, con paciente vigilancia. Antes de esa prosperidad, ella contrató otomíes y compró negros para degollar las gavillas de guachichiles que invadían la propiedad un mes sí y otro también. Además, el amo era un saco de arrugas y canas y ella, uno de brío y juventud. ¿Cómo don Antonio no iba a doblarse ante Mariana? El amo siempre la quiso cerca. Y con razón, entendía ella, porque él la había visto subir a las ramas de los huizaches para espolear con gritos a sus tropas de negros y otomíes, y disparar flechas encendidas a los guachichiles

Madre, que nuestro padre os dé la libertad; si en vuesa voluntad estuviera el hacerle perjuicio, ya lo habríais hecho, protestaban los hijos mayores que, por su hablar, parecían gente de razón.

A callar, les ordenaba Mariana, porque según su discurrir don Antonio era buenísimo cristiano y grandes favores le había hecho, como llevarla a pila bautismal, después de pagar una fortuna por la negra de catorce años que era: treinta pesos en oro. En la caravana hacia San Luis de la Paz, le ordenó que viajara en carro de mulas. Ese trayecto fue un paraíso. Sin vómitos —no

como en los barcos de Cabo Verde a Lisboa y a Veracruz—. Sin cadenas. Sin grillos. Sin azotes. Sin golpes. Sin apreturas. Sin hambre. Sin sed. Con abrigo si el frío lo imponía.

Sobre el carro, don Antonio le preguntó su nombre. Wamba, respondió la negra. La Divina Providencia ha de permitir vuestro bautismo. Tendréis padrino y seré yo, anunció el amo. En la mera Capilla de las Ánimas, en San Luis de la Paz, la negra recibió el nombre de Mariana; fue cuando ella vio, en un nicho de cantera, la imagen de un niño aderezado con abalorios de plata. Era el Santo Niño de las Confianzas. Don Antonio le recomendó a su esclava: Pedid por vuesa salvación, ya sois cristiana. No tardó en postrarse la negra ante el dios infante, era sin duda el espíritu que la había salvado al ponerla en el poder de tan buen amo.

Pero, ¿cómo salir de las cuevas y llegar hasta la Capilla de la Ánimas para pedirle al Santo Niño que la amparase, a ella y a sus hijos, para decirle que don Antonio había muerto y que el Santo Oficio la perseguía?

Salvación

Le habría gustado ir más compuesto, pero un comisario del Santo Oficio no debía ir tan acicalado. Don Antonio de Vitoria se había vestido de negro, sin embargo, se cuidó de que las mangas que salían por debajo de su capa fueran de encaje. Del fino. Peluca: si pudiera ponerse una para cubrir la calvicie, aunque le ayudaba el solideo a esconder las canas, secas y ralas. Eso sí: un puñito de polvos de arroz en la cara, ¿quién lo iba a notar?, y su tez, en cambio, tendría un resplandor. Se frotó las manos con el bálsamo aromático que le ofreció el sacristán. Cuando Lucía Casimiro, la india que esperaba, le besara la mano, sentiría ese perfume.

Qué no habría dado don Antonio por escuchar un clavecín en esa sacristía junto a la india. Ese instrumento creyó oír cuando el mulato Juan Francisco de la Rosa acusó a Lucía Casimiro de conocer y practicar hechicerías. Tamaño embuste.

El comisario leyó al mulato la sentencia dada por sus delitos y pecados:

“Juan Francisco de la Rosa, engañando a Lucía Casimiro, habéis pervertido el orden de la justicia eclesiástica. Esto al burlar al párroco de Silao, don Carlos de la Vega, para que oficiara tu segundo matrimonio, porque, antes de casaros con Lucía, tuvisteis matrimonio con Cayetana Lobo, a quien abandonasteis con tres hijos tuyos, recién parida. Así se prueba que tenéis una mala creencia del sacramento del matrimonio, y eso es una herejía. Iréis por diez años a las cárceles de la Inquisición”.

Se iluminó el rostro del mulato, una luz de inspiración salvadora que se proyectó en su discurso: “Señor, —dijo al comisario— he sido frágil, pero nunca hereje, creo en Jesucristo, en el Juicio Final, soy devoto de Nuestra Señora de la Luz, patrona de la Villa de León. Si abandoné a Cayetana fue a causa de las

artes de Lucía. Me sorbió la sesera. Viviendo con ella encontré hojas de ruda debajo de mi almohada. Que Dios la perdone”.

Al terminar su discurso, el mulato y el prelado encontraron sus miradas con aquiescencia. El asunto daba un giro.

El sacristán anunció la presencia de Lucía. “Dejadnos solos”, pidió el comisario. Entró ella. Las enaguas vaporosas. El cutis de mujer de veinte años. Don Antonio habló:

“Lucía, Cayetana Lobo denunció a tu marido por bigamia, esto ya lo conocéis; pero él os ha denunciado a vos, por un delito muchísimo más grave: hechicería; practicáis artes oscuras”.

Lucía Casimiro abrió los labios, se veían brillosos, dulces. “Sagrado Corazón de Jesús, amparadme”, suplicó la india volviendo los ojos a una imagen del redentor; se hincó a los pies del comisario, le besó las manos. Don Antonio atrajo hacia sí la cabeza de la mujer y, mientras le arrojaba su aliento al oído, habló como quien cuenta un secreto: “Para salvaros, tendréis que confiar en mí, Lucía”, y el prelado empujó la cabeza de la india a su entrepierna.

CECILIA
EUDAVE

Epístola*

Mi adorada Sombra:

Yo os rindo por tributo mi razón para lograr vuestras atenciones. ¿Por qué tan sola me habéis dejado? ¿Os enfadan mis concertadas discusiones, mis distintos cambios de ánimo que ante vuestros ojos infelizmente mueren? ¿Acaso mi desdichada arrogancia? Lo sé, debo iniciar la huida y abandonar esta existencia que me afrenta con su exceso de beldad, con sus nefastas e ignorantes compañías.

Sin duda he trazado mi vida como trazan los astros los laberintos, llena de intrincadas vueltas y entretejidas lanzadas; soy una triste prisión, y vuestros ojos, despojos de mi fortuna, lo saben. Soy como una bestia, el Minotauro de formas contrarias que no posee más salidas que la de estar dentro guardando la entrada. Y no me guardo de quien tan altivamente hago entrega de lo mío, mientras me ofrecéis entrar en esa oscuridad que perfecciona la miseria humana; es un trueque tentador para ambas partes. Sin embargo, temo. Temo no sentir el latido del aprendizaje recorriendo mis venas frescas, temo dejar para después lo que ahora me mantiene viva, temo entregarme impaciente a la sangre y no al conocimiento de la razón humana. Débil soy, débil me siento. Miradme y no penséis que mis ansias os lo piden por alivio, no os rechazo, os pido que me guardéis como a una íntima amiga, os pido vivir en mí, en voluntario cautiverio cerca de mi humor soberbio. No abandonéis por despecho a esta amiga que se duele por tener la razón muy corta ante vuestras manos,

* Del epistolario prohibido que sostuvo Sor Juana Inés de la Cruz con un ser de la noche, a quien presuntamente dedicó su afamado soneto: “Detente, sombra de mi bien esquivo, / imagen del hechizo que más quiero, / bella ilusión por quien alegre muero, / dulce ficción por quien penosa vivo”.

por no desear la eternidad sino vuestra presencia, vuestro discurso y protesta.

Al leer esta carta no os preguntéis más por qué no quiero, que lo que yo no declaro, no es bien que procuréis descifrarlo. Si allá a solas, de las premisas que seguro haréis, sacáis alguna suposición perversa, será solo esta: quien no ofende amando en amar no desagrada. Sin hacer gala de ingrata os digo que razón es preferir y yo prefiero la vida.

Juana Inés

Pies abrasados

Cortés mira el cielo abstraído en su codicia, cansado porque no sabe detenerse, porque le han enseñado a ansiarlo todo, a apropiarse de todo y a no huir ni de sí mismo. Y, sin embargo, no está presente mientras le untan de aceite negro las manos y los pies a Cuauhtémoc, no ve cómo atizan el fuego, ni cómo lo amenazan. Él solo se mira en el cielo. Él solo ansía que salga el emisario y le indique dónde están los tesoros de ese excéntrico reino. Él solo cierra los ojos cuando se escapa algún grito ahogado de negación del prisionero. Espera. Espera con la paciencia de quien sabe que la riqueza calma cualquier remordimiento, duda o desprecio a sus acciones. La paciencia recompensa. Eso lo sabe la *tlahuelpuchi*, mientras sigilosa escucha los pensamientos de ese hombre que solo se mira en el cielo. Decide acercarse en forma de pájaro prieto, aprovecha esa ocasión inigualable y lo maldice susurrándole al oído: “a partir de ahora tus pies y los de toda tu descendencia caminarán por senderos plagados de brasas”. El oro, la plata, las tierras conquistadas siempre estarán marcadas por el tizne de las manos quemadas de esos hombres y mujeres que, también con paciencia, esperan ser recompensados.

Destino misógino

Una mujer ayudó a derrocar el imperio azteca, de por sí ya aborrecido por muchos en esas tierras. Esa misma mujer engrandeció al hombre de un reino extranjero que, por cierto, le prometió el cielo y las estrellas. ¿Qué consigue? Un pésimo lugar en la historia junto a los traidores más grandes de la humanidad, el desprecio de su gente y, además, una curiosa deformación de su apodo para referirse al apego de lo extranjero en menosprecio de lo propio. ¿Propio? ¿Qué tuvo propio? Ni el nombre, hasta se lo cambiaron. Triste destino el de una mujer cuya vida entera consistió en sobrevivir entre los hombres necios del encuentro de dos mundos.

ERIKA RIVERA
BRAVO

Delatores

Frente a la iglesia, apoyada en la columnata de los arcos, Rafaela sonríe a la curandera que atraviesa la plaza con el negro cabello recogido en dos trenzas y el lozano rostro protegido por un sombrero. Pese a su sonrisa, los dedos de Rafaela retuercen los hilos del rebozo con envidia. Es una de sus más fieles clientas y con frecuencia ha pedido a Sole que le desvele el secreto de su juventud... pero la mujer sólo ríe y responde que su único secreto es el aire helado de la madrugada en la montaña.

Antonio, el viejo médico del pueblo, no objeta las labores de la mulata, Soledad, tan versada en hierbas y pócimas. No al menos mientras se ocupara de los “asuntos de mujeres. Aunque, en los últimos meses, se le agriaba el gesto al ver a sus pacientes pasar por su puerta en dirección al monte.

Pues no sólo las mujeres acudían a Soledad.

Las consultas lo mismo versaban sobre salud, que sobre dinero, pues sus clientes confiaban en ella, incluso, para los temas más íntimos. Pero de ella también, se rumoraba, que lo mismo era capaz de crear sortilegios que atraían amor, salud e incluso la lluvia cuando acechaba la sequía; que odios, desazones y tormentas.

Tales habladurías no atrajeron la atención de Domingo, el párroco recién llegado de Jalapa. Es hombre benévolo y conocedor de la naturaleza humana, por lo que prefiere ignorar los chismes sobre una feligresa que acude a misa, comulga y confiesa todas las semanas. Pero ni siquiera un hombre tan indulgente, puede ignorar para siempre según qué murmuraciones.

Cabizbajo y apoyado en las escaleras de la iglesia, está José, el hijo del hacendado. El muchacho se atrevió a subir hasta el refugio de Sole una noche, para para requebrarla. Según su

relato, la curandera lo había hecho beber sabe Dios qué filtro, que lo había obligado a desandar el camino entre horrisonas voces. Jamás había vuelto a ser el mismo.

José padre, apoya la mano en el hombro de su hijo, y lanza una mirada desconfiada a Soledad... si no fuera porque había sido ella quien lo había traído al mundo, salvando la vida de la madre al mismo tiempo...

Entre tanto, María, la lavandera, casi deja caer la pesada cesta de ropa, al cambiar bruscamente de dirección. No quería encontrarse con la curandera.

Desde que el padre de la lavandera había muerto tras beber uno de los cocimientos, María apenas toleraba la presencia de Sole; su mirada se cruza con la del párroco y de súbito, se siente una ingrata. Su padre era ya muy anciano cuando la enfermedad se asentó en sus pulmones y Soledad no se había separado de su lecho, ora aliviando sus dolores, ora aguantando su mal genio.

En el extremo más lejano de la plaza, aparecen los hombres de la Inquisición.

Apresan a Soledad.

La mirada de la curandera recorre los rostros que la observan, y cada uno siente las entrañas revueltas por la angustia espantosa de la traición.

Dos arrobas

Corría el año de 1670, en la muy noble ciudad de Puebla de los Ángeles y la mañana del once de agosto el convento de Santa Clara amanecía entre gritos y campanadas. Una de las hermanas había desaparecido: Isabel.

No se había presentado en la capilla para maitines, y al ir a buscarla, habíase hallado la cama helada, la ventana abierta y los zapatos idos. Las hermanas registraron celdas y jardines sin hallar rastro alguno de la novicia.

Desde que fray Hernando de la Rúa había impuesto las nuevas regulaciones que impedían a las hermanas amasar, sor Margarita de Cristo, la priora, habíase arreglado con el panadero para que enviase cada día dos arrobas de pan por la mañana y dos al atardecer, a fin de que las hermanas tuviesen pan fresco en cada comida. Era costumbre que fuesen Isabel y anciana tornera sor Engracia de la Encarnación quienes recibiesen el aromático envío de manos del hijo de panadero.

Con mucho lloro y sentimiento, reuniéronse en la capilla para rogar a Santa Catalina la merced de devolver al convento la novicia perdida.

Más poco rato llevaban en oración, cuando la anciana tornera irrumpió en la capilla, llamando a sus hermanas a voces. Al abrir el torno a la hora en punto en la que llegaba el panadero, había hallado el velo de novicia y dos fragantes arrobas de pan.

Ahuatle y acociles

Las aguas del Mediterráneo me devuelven su mirada, una tan oscura y tan húmeda como los ojos de mi padre al despedirme.

La brisa sube hasta el peñón en el que cautiva me retienen, y yo pretendo que su aroma es el perfume del copal. Cierro los ojos e imagino que recorro las terrazas de mi palacio, desde las que se dominan volcanes y bosques como desde ninguna otra parte. Imagino que respiro los aromas de la laguna, de las tortillas recién hechas y los huanzontles tatemados, que vuelvo a andar por las salas de nuestras amoxcali y estudio los códices antiguos.

Cada mañana, entre lágrimas, pregunto a los dioses por qué una lanza pirata tuvo que atravesar el cuello de Juan de Cuéllar, mi esposo. ¡Cuán orgulloso estaba de haberse casado con una princesa! Y por amor a sus ojos azules abandoné a los dioses de mis ancestros, mis huipiles de algodón, el palacio de mi padre; por él permití que unas gotas de agua me transformaran en María Ana, su María Ana.

Y cada mañana, también maldigo el tesoro de mi padre, Nezahualpilli, ese tesoro que él entregó a Juan en calidad de dote. Tres arcones subieron al barco, iban rebosantes de bellas telas bordadas con grecas, rebozos hechos de plumas de quetzal, pescadillos de oro con escamas flexibles, collares de finas piedras y cientos de pedruscos enormes del oro que tanto se afanan en buscar. Aquel caudal debía acompañarnos hasta Castilla, una tierra tan bella, tan rica que superaría con creces al de mi tío, el gran Moctezuma. Aquellos cofres fueron la única razón por la que los piratas respetaron mi vida... y a veces habría deseado que no lo hicieran.

Cada tarde observo el tazón de trigo húmedo que me traen y rememoro a mis doncellas sirviéndome los pescaditos blancos de

la laguna, los dulces acociles y el delicado ahuate, junto a los sabrosos tamales de tepetxuintli. Y los ojos se me llenan de lágrimas, sé que nunca volveré a las tierras de mi padre, pero tampoco veré las tierras de mi esposo. ¡Salve Azcalxochitzin, hija del Poderoso Señor Nezahualpilli! Así me saludaban cuando se inclinaban ante mí, la princesa de Texcoco, cuyo nombre honraba a la madre del rey... Ahora, no soy más que una sombra, un fantasma que se arrastra por este peñón, albergue de piratas y prisioneros.

La noche ha caído y yo sé que los dioses me han abandonado: los nuevos por mi falta de fe y los antiguos por mi traición. Mi respiración arde, mi piel está llena de pústulas, mi cuerpo es incapaz de retener alimento. Y van a matarme.

Los hombres sujetan la manta en la que yazgo, van a arrojarme al mar.

Uno de ellos se inclina, y yo le suplico que no me deje morir ahogada. Su mirada es casi tan azul como la de Juan. En el instante en que el filo de su daga atraviesa mi pecho, sé que los dioses no me han desamparado.

FABIOLA
MORALES
GASCA

El asalto

El pasado de las piedras de la muralla no le dicen nada, el futuro no le espanta pues por más que se esfuerza no lo ve. Unos cuantos cientos de infantes y granaderos al servicio de la armada custodiando el honor de la Corona española, tampoco le dicen algo. Sólo los negros y los mulatos, como ella, se pasean por las calles de la calurosa ciudad a plena luz del día, cuando el calor sofoca más. La Villa Rica de la Vera Cruz es el terreno arenoso y estéril en el que le tocó vivir. Sus aires malsanos con sus soplos de furia contenida la han enfermado. A su edad se ve más vieja de lo es. El calor y el clima la han mermado.

Las lenguas cuentan que los piratas están cerca y que los puertos más importantes han sido sorprendidos por su presencia. Ellos se pasean por todos los mares y aterrorizan comarcas. Ella no lo creía hasta esa noche en que entraron los ingleses y franceses, los europeos que le robaron hasta la última gota de dignidad.

Todo fue tan rápido en el asalto. El descuido de los vigías, el rebato de campana, la falta de pólvora, los hombres que penetran en la noche, despiertan a los ricos y poderosos humillándolos. Las cuchilladas, las maldiciones, las mujeres de prosapia y las esclavas igual de humilladas, todas convertidas a prostitutas de los bucaneros. Ella, hembra mezcla de razas, impura y aventada como las demás mujeres en la iglesia, la vejación, la violación, las miradas de horror los niños mientras la penetraban. El incendio, el calor, el espanto, los gritos y una puerta golpeada por todos los que quieren escapar. Murió en algún momento en que la corona se enteró y llegó días más tarde para rescatarlos de los piratas. La única ventaja fue morir dentro de la iglesia. Esperaba alcanzar en el cielo la revancha, pero nunca

llegó. Ahora ella, anónimo fantasma mulato, cruza sin prejuicio alguno las piedras de una muralla que no le dicen nada frente a un futuro que no la espanta ya.

Alabanza

Las sábanas las ha bordado mi tía. El grueso suéter lo ha tejido mi madre. A ambas no las veo desde hace cinco meses. La siguiente semana cumpliré diez de estar en el convento. Aquí he aprendido a no gastar mis palabras y a obedecer la voluntad de Dios ciegamente. Aunque al principio me negué a entrar, hoy reconozco que me ha forjado en el camino del bien. Servir a Dios me ha hecho ser obediente y olvidar la rebeldía. La gracia de Dios me ha tocado al ver el trabajo de las demás hermanas. El tañido de las cinco de la mañana nos prepara a todas a la ardua jornada hasta que se oculta el sol y la luna gobierna. Obedezco las instrucciones de la madre superiora. Servir la mesa, limpiar los pisos, asistir a misa, tomar un turno adicional para rezar al Santísimo y ayunar al menos tres veces a la semana ha fortalecido mi endeble espíritu.

Me he doblegado, negado. He sometido mi soberbia a la voluntad divina. ¡Qué bueno es estar en contemplación y servicio a Dios! Sólo una cosa sirve de intermedio entre Dios y yo: mi mano. Ella sirve para rezar el rosario, escribir a hurtadillas y para tocar mi vulva.

El ser supremo cura los nervios, los insomnios, la anemia, la gastritis y todo mal del cuerpo que hay aquí en el encierro, pero mis dedos recorriendo las cuentas de mi cuerpo me ayuda a enlazarme al cosmos en sus más inexplorados rincones.

Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre,
venga a nosotros tu reino...

Epidemias

El Oasis se extendía con magnificencia verde en medio del desierto californiano. Los jesuitas de la misión de Santa Rosa de las Palmas de Todos Santos apreciaban el agua, frutas y verduras de aquel regalo celestial. Nosotros, indios guaycuras que aprovechábamos el agua y recogíamos conchas de la costa miramos con desconfianza no sólo a los hombres ataviados de sotanas, sino a los de metales y armas montados en caballos. Nos revelamos con los Pericú; no nos dimos por vencidos hasta que sus extrañas construcciones fueron abandonadas y destruidas. No iban a robarnos nuestras tierras. Un hombre con ropa larga y una cruz en mano nos maldijo y afirmó que pagaríamos la ira de su dios.

Pasaron algunas lunas y los hombres de piel pálida regresaron. Ya la arena de nuestra tierra nos alcanzó a prevenir de la catástrofe inevitable. Uno a uno de nuestras tribus fue cayendo, algunos dijeron que era la viruela, otros que el sarampión. El sur de la península estaba lleno de cadáveres. El espíritu del desierto nos había abandonado. Los hombres europeos dicen que corría el año de 1748 y más de tres cuartas partes de la población habían muerto. Su dios había cobrado venganza y nosotros fuimos granos de arena del interminable desierto.

GLORIA
RAMÍREZ

Profecía

Negaron los sacerdotes la victoria de Malinalxóchitil sobre su hermano Huitzilopchtli. Tuvieron como mal augurio, para la era de la conquista, la derrota del aquel varón que andando en la tierra quiso ocupar el sol donde moraba la diosa. Valiéndose de la escasa memoria de la última abuela que sabía de aquesto, enseñaron en los *cnicacalli* que el joven dios del Sol castigó a su hermana por aterrorizar a los peregrinos que se encaminaban a Tenochtitlán. Mientras dormía, la desterró del cielo y la arrojó a un cerro. Malinalxóchitil despertó y fue conocida como hierba torcida. Tuvo poder sobre los insectos, las víboras, las ranas, los alacranes y el desierto. Desde entonces, los hombres alaban al fuego y a la guerra; y tienen por enemiga a la naturaleza.

Evangelio

Vimos nuestra tierra fragmentarse. Ya no brillaba el mismo sol y pasamos muchas noches sin luna. La poderosa serpiente con plumas de fuego y los caballeros águila desaparecieron de las estrellas. Por años invocamos a nuestros dioses. Les rendimos tributos que ocultamos bajo muros de extraños templos. No regresaron. Un día, la señal de su muerte brotó de un ayate.

—Es su nueva madre —nos dijeron.

Sí, era nuestra madre, Tonantzin, con otro nombre y con rostro triste; parada en el filo de la luna y envuelta con el último destello de sus hijos, los centzonhuitznahuac. Mientras el fuego la devoraba, sus manos estaban atadas. Al verla, caímos de rodillas. En el pecho sentimos la tortura de mil flechas

Cantar de los días de ocaso

Cuando el viento está alegre, el cenizote canta. Cuando el sol calienta, el águila vuela alto. Cuando la luna y las estrellas dan luz a la noche, el puma y el jaguar rugen. Cuando llega la lluvia y en la tierra crece el maíz, el cocodrilo hace sonar el caracol. Cuando danzamos, en medio de la plaza, nuestros corazones retumban como tambores, así en el poniente, como en el oriente, así en el norte, como en el sur. Se unen los cuatro caminos de la tierra con los del cielo y todas las cosas cobran vida, más allá del horizonte. Entonces, Padre, ¿por qué, en la cima de tu templo predices el fin de nuestro tiempo?

ÍLALLALÍ
HERNÁNDEZ

Zopilote*

Evaristo llegó cuando el sol se había escondido.

—Es tarde —le dije con *muina*.

—Verás, mujer, te voy a dar mucho maíz —respondió.

—Ya no sigas con lo mismo, aquí nomás hay frijoles.

Le serví un plato grande, lo devoró como si tuviera días sin comer. Cuando me acerqué a servirle más, tuve que taparme la nariz.

—Apesta a podrido.

—Mujer —comenzó a decirme—, escucha bien. No soy tu marido. Soy un zopilote que en la mañana volaba con muchísima hambre, tenía días enteros sin hallar ni desperdicio. Desde el cielo aspiraba profundo para encontrar el rastro de algún bocado, nada, ni un atemburro anciano sorprendido por la muerte —se interrumpió por empinar el segundo plato de frijoles—. Ayer te conocí cuando me lanzaste agua fría mientras hurgaba en el chiquero. A Evaristo lo veía seguido, usaba su machete milpa adentro, cerca de Chimalapilla, y chapeaba bajo un árbol para echarse a descansar, ya con el sol recio sacaba el agua fresca y la comida que le enviabas. Así, a la sombra, haciéndose aire con el sombrero, pasaba las tardes. Yo me posé en una rama a esperar alguna migaja, pero nada. Entonces me miró, me dijo: “quien fuera tú”. Ahí encontré mi momento. Le contesté: “bush, bush, bush”, él no me entendía. Entonces bajé a su lado y me quité mi ropa de plumas, primero saqué un brazo, luego saqué el otro. Hasta entonces pude decirle: “Evaristo, ¿quieres volar?”, él me miró confundido. “Si vuelas no tendrías que trabajar”, remató. Con esas palabras, Evaristo se animó: “¿cómo le hago?”. Le expliqué que debía darme su ropa, nada más eso. Se quitó camisa, pantalón y huaraches; se calzó mi ropa de plumas relucientes.

Cada uno vestido como el otro, cada uno siendo el otro. Evaristo dio brinquitos un rato y luego alzó el vuelo. Yo levanté el machete y corrí, corrí contento, a esta casa, donde ayer te miré.

Lo contemplé un buen rato, ¿mi Evaristo volando?, no podía pensarlo, ni siquiera lo imaginaba. Ahí, frente a mí, estaba esa cara; las manos, las mismas que yo tan bien conocía. Pero el olor, ese olor a carne muerta, ¡eso sí era raro!

—Yo sí voy a trabajar —dijo concluyente.

—Bueno... —dude un poco— así no puedes estar.

Aunque ya era tarde trituré *poposú* con las manos y la mezclé con agua, lo tallé hasta que la piel le quedó muy roja.

El zopilote madrugó y salió a trabajar. Así lo hizo días enteros hasta que llegó con un costal de maíz. Bastaron unas semanas y nos hicimos de bestias.

Desde entonces, cuando un zopilote llega al chiquero, salgo rapidito con agua y, desde lejos, se la aviento, porque no quiero que ése —si es que fuera Evaristo— tenga ganas de volver.

***Nota del investigador Iván Pérez Téllez**

Los zoques —*angʷon*— de Oaxaca son uno de los pueblos indígenas menos conocidos. Los zoques nativos han afrontado un fuerte proceso de conversión religiosa, que relega la vida indígena “tradicional” a los ancianos, ellos son los depositarios de la tradición y quienes cumplen con los cargos religiosos católicos. En la actualidad los zoques leen todo, aparentemente, en clave evangélica. Un sustrato fuertemente amerindio se muestra en la idea de que los animales siguen siendo personas, y que bajo su vestimenta de animal, se encuentra un ser humano. La narrativa hace mucho énfasis en tal aspecto. Este relato fue recopilado de la tradición oral, en Santa María Chimalapa, Oaxaca.

JUDITH
CASTAÑEDA

Cuitláhuac

He de comunicarle, señor y capitán, muy magnífico Don Hernando Cortés, que lo que vuestros informantes os aseguran es verdad. El tlatoani que sucedió al señor Montezuma está muerto. Quién iba a pensarlo, su señoría, ese que os arrojó el deshonor de una derrota al rostro, el que os echó del sitio donde podía, sumado al trabajo de nuestras manos, saborear una victoria segura, bien habido laurel a tantos y tan firmes esfuerzos, ha terminado sus días con el granoso cuerpo haciéndole sufrir tal agonía, que mejor es el destino que ha alcanzado ya. Y eso después de tan pocos meses en el trono de aquel que os recibiera, en mitad de este mismo lago y con tantos y tan ricos obsequios de oro y de plata.

Curiosa es, señoría, la forma en que después de tal gloria como poseyó, acabara postrado y jadeante de fiebres semejante enemigo. Eso deberíamos agradecerse al tuerto Narváez, a uno de los animales negros y sin alma que consigo trajo en una de sus naves, aquellas que tuvo usted a bien dejar sin vela ni timón. Extraño; y para vuestra señoría, para nuestros propósitos, de gran provecho; mire, un estrategia inmejorable metido en un cuerpo con el entendimiento suficiente sólo para tomar, acarrear y estibar. Nadie lo habría creído, jamás; loado sea Dios en su grandeza, en sus maneras de bendecir.

Luego de Carpentier y de Venecia

Vuelve el Amo a los embarcaderos de la Veracruz, desde donde partiera sobre el latir de las aguas hacia La Habana y después, al Viejo Continente. Los estibadores acarrear las cajas de platería y de prendas de seda que lo acompañaran al Carnaval. Manos gruesas, quemadas por la labor bajo la violencia de los soles. Alguna tiene un barniz de torpeza en las uñas, en las palmas llagadas, y permite que dos pequeñas cajas de madera vayan a abismarse al océano. Sobre la lengua del Amo no hay palabras agrias para ese empleado de puertos; más se perdió antes, más ha dejado en los comercios y en los teatros. Por el tamaño, contenían cucharillas de plata. Buena ofrenda para Francisquillo, muerto de fiebres en la Habana, y para el ido a quién sabe qué carnavales, el negro Filomeno.

Más allá aguarda un carruaje, el relincho de cuatro caballos pintos. El Amo ve en los belfos de esos animales la ansiedad de su familia, que estará esperándolo en casa, lista para saludarlo, para escuchar, para recibir. Pobres; ellos, los amigos; nada lleva de lo consignado en el pliego de las peticiones. No hay mandolina con incrustaciones de nácar, ni faroles a la moda boloñesa ni bastones de ámbar con puño dorado ni juegos de naipes. Luego de la sonrisa, colgará en cada rostro la decepción.

Señor, le dicen; el Amo va hacia donde el cochero está de pie. Como él, otros desembarcaron hace siglos. Venían de un mundo lejano, aquellos hombres de armadura, y los recibió el asombro, una curiosidad contagiada de temor. Al pensar en ellos y sentir su pie andando junto al propio, el recién llegado casi ansía que sea verdad el Motezuma de Vivaldi, la fiesta del fagot y las lágrimas del cello, su Huitzilopochtli nombrado Huichilobos por incantable. La ópera inicia con una derrota y llega al final feliz,

matrimonio entre invasor e indígena que el Sant'Angelo aplaude. ¡Falso, falso, falso, todo falso! Ojalá no se lo hubiera gritado al músico en la cara. La realidad, tanta sangre. Es peor; preferible la ilusión del teatro y no esa amistad temblorosa del primer encuentro, los regalos, el sol de oro, la luna de plata, y al final Guatimozin, eliminado de la obra por la unidad de acción, pidiendo hace doscientos años que se le clavara una daga, lo que el prete rosso cambia en planes de suicidio para la familia imaginaria de Motezuma al iniciarse su ficción. Pero eso ya no tiene remedio.

Acallan

Regresad prestos a la región del águila, el nopal y la serpiente, guerreros. Pero antes de asomarse al jade de vuestro lago, vedlo; él ya camina hacia los dominios del señor de la muerte. Él ya terminó su tiempo en la tierra.

Atrás quedará su cuerpo sin cabeza, colgado por los pies de la sagrada ceiba maya. Atrás, el agua salitrosa, las calzadas llenas de muertos donde apenas se podía respirar. Tal herencia quiso dejaros con cada uno de sus esfuerzos: las casas sin techo, los muros agujereados por lanzas sin punta, los días en que debieron comer sapos y gusanos, en que masticaron el fango y ni así aliviaron la fiebre, la sed.

Ahora habréis de colocar de nuevo las piedras, una sobre otra, en el sitio que tenían antes; habréis de subir a su sitio a vuestros dioses, al Dueño del Cerca y del Junto, al Dador del Agua, al Señor de la Guerra. Y les ofreceréis corazones, pues no os han vuelto la espalda mucho tiempo.

En cuanto al capitán Malinche, dejadlo ahí; no se le otorgue ni el xoloitzcuintli ni la pira ni la máscara fúnebre de turquesas; ya las aves lo desollarán y el viento dispersará su fama.

KARLA BARAJAS

¿Hombre o mujer?

—Su estructura ósea es más delgada que la de un hombre, ¿ves esta parte?, presta atención, en especial a la pelvis —dice el especialista analizando las características del cuerpo.

—¿Qué es? —pregunta nerviosa Fanny López Jiménez, porque el sexo importa y determina el lugar que ocupa la persona dentro de la sociedad, los derechos a la educación, a gobernar, a una mejor alimentación. Eso nos enseñaron hasta en las clases de historia, donde los hombres tomaban decisiones y nosotras obedecíamos. ¿Qué es? ¿Hombre o mujer? La respuesta lo cambiará todo, incluso el destino de Fanny. El especialista voltea, la ve sereno y le contesta:

—Es mujer.

La arqueóloga Fanny López siente un vuelco en el corazón. Se dedicó a indagar de quién fue esa osamenta teñida de cinabrio, sepultada en un sarcófago en medio de un templo: Una reina. Reina Roja, gobernante en vida, mujer que con su cuerpo cambiaría los datos etnohistóricos y nuestra visión de poder en el mundo maya. ¡Es mujer!

Reina con nombre propio

—Te colocaré en el centro del templo, te entregaré mi corazón y mi sangre, lo juro. Me sacrificaré por tí y pronunciaré tu nombre en lo más alto. Llenaré de joyas y jades tu exuberante cuerpo, joyas de malaquita te revestirán y en tus oídos pondré conchas. Te daré una diadema y centenares de piezas de jadeíta, huesos, perlas. Te acompañaré hasta el Xibalbá para que estemos juntos en la eternidad. Serás recordada en los relieves de nuestra historia por gobernar en tiempos de guerra, veinte años nos liberaste de la esclavitud, la muerte y tu vida se encontrará descrita en el tablero de La Nube Preciosa.

—Lo sé, pero no eres tú quien me abrirá las puertas del inframundo, súbdito, los honrados serán ese niño y esa joven.

Epitafio

Ser libres o arrojarse al precipicio desde la peña que domina al río. Ser libres o morir en el intento y que de nuestra sangre se tiña el agua a orillas del Cañón del Sumidero y la ciudad en su costado lleve nuestro nombre: Villareal de los Indios, la Chiapa de los Indios, Chiapa de Corzo. Ser libres o morir.

Mientras bato el cacao y el maíz del pozol con mis manos, los turistas beben de nuestra historia. Y escuchan ese epitafio de libertad tallado en mi corazón y se lo repito a quienes visitan mi pueblo, para que no olviden que, desde el período postclásico mesoamericano, las mujeres de Chiapa somos valientes y aguerridas.

LAURA ELISA
VIZCAÍNO

La suerte de la monja, la casada la desea

La tía Carlota nunca quiso ser monja, de sus ocho hermanas fue la única con un destino eclesiástico. Al quedar huérfanas, todas las niñas fueron asignadas en distintos internados. Cuando la más grande, Elvira, cumplió la mayoría de edad, las fue sacando y reuniendo, encontrándoles algún trabajo, pero para la menor sólo halló el convento.

Desde el encierro, la tía más joven envidió a cada una de sus hermanas, sobre todo a Elvira: casada con un coronel que le puso casa y la llenó de hijos. Una vez entregada la dote, Carlota dedicó su vida a Dios, mientras que dormida imploraba por un coronel que la salvara. En el cumpleaños 30 de su adorada Elvira, tuvo permiso para salir y hacerle una visita. La vio decaída y avejentada, el marido no estaba a pesar de ser domingo y los niños ni siquiera se acercaron a saludar a la tía monja.

Al regresar al convento, atesoró las cuatro esquinas de su oscura habitación, agradeció el silencio que no le permitía pensar en voz alta y los rezos que le hacían olvidar su enorme dicha por encima del martirio de su hermana: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en un principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Plan incendiario del Convento de Santa Clara de Jesús de la Ciudad de Santiago de Querétaro

Era una noche airosa cuando en el monasterio femenino se coló la cizaña y de paso el demonio. Las mozas no podían estar en el mismo sitio que las mujeres de velo negro, por lo que las habitaciones se dividían con anchos pasillos que no sólo aislaban la diferencia social, cuartos diminutos de enormes celdas, sino también el ruido. La madre Antonia de San Jacinto se quedó dormida con las velas encendidas y fue hasta la mañana que encontraron su cuerpo quemado. La verdadera tragedia fue decidir quién ocuparía su celda con doble de espacio y ventana hacia el jardín. Primero se le asignó a la que había pagado mayor dote, una joven seria y bigotona que a las pocas semanas murió calcinada sobre la misma cama. La enseñanza parecía no aprenderse, pero, a la quinta monja chamuscada, la habitación cobró su estigma.

Aunque creyeran, no tenían permitido hablar de fantasmas ni mucho menos del espíritu de Antonia de San Jacinto (que Dios la tenga en su gloria). Lo mejor para las monjas era hacerse hablar por la Virgen y darle la espalda a aquel espacio tomado por el diablo. Poco a poco se fueron olvidando de la misteriosa habitación y nunca descubrieron las hazañas incendiarias de las mozas que, con el pretexto de limpieza, se apropiaron de la mejor celda del convento. Tres siglos después, el codiciado lugar serviría de prisión para una tal Josefa Ortiz de planes belicosos.

El glotón

Cuando Carlos de Sigüenza y Góngora recibió la crónica de la fundación del primer Convento de Carmelitas Descalzas en la Ciudad de México, escrito por su fundadora Mariana de la Encarnación (mejor conocida como la chocolatera), optó por guardar el manuscrito en su escritorio sin revisarlo. “Mujeres, serán monjas, pero siguen siendo mujeres”, se dijo en voz baja. No obstante, le remordió la conciencia y un poco antes de publicar su *Paraíso Occidental*, recopilación de historias femeninas, glosó el convento como “baluarte de la virginidad”, pues creía en las venganzas de hechiceras. “No vaya a ser”, pensó. Lo que nunca puso en duda fue el sabor suculento de los chocolates que venían como regalo junto a la crónica, y que disfrutó uno a uno sin cuestionar las manos de su fabricante.

LYZ SÁENZ

Näwäyomo
(lengua Zoque, Chiapas)

Yä jama makuri nkoskere te' Myari ne' tzyikuk mäjä nä'omo. Yäti, pyunhä tzajinh. Pä'mi sijku, nä'u maka päjkspuri mij wiräm jeneanhkä ne' tä a'mu.

—Mij jokpa jo'mi, yäse hyiora'omo —sasapä pujtu te tzyame

Te' ta'nhä'omo, majarampä kuyistam yakmanhjin ijtyajupä, musä kenayä sänhpapä wyijt, sunyipä tzyutzi. Te' yomo' su'mu nä'käsi y kyätu te' nä'. Kyiwitu wyiay y poyubä maku. Su'ku ompapä jäyäse, notuse jamu äj wyit. Na'tzuse jamu äj wyijt. Jopitäjkse sa'ukäsi nemnhakä jo'ku wäkä ma kena te' yomo.

Pa'tu tajksipä, kusneyupä tza'käsi. Nyukayu äj kä, su'ku te' sasapä oma jäyäsepä. Jene jayase jamtzyiotzu äj wyijt, tokoyuse äj jame. Jinh jame jutzye nu'ku äj täjkomo. Jamöyu äj änhkuyomo, nenha jyäyu äj ntzätzä. Majnu' ne nyiäupä oyu myetzyi'e ja wiri'uankä äj ntäjkomo.

Kä kyämejtza äj tzatza'is jutzyiete tukupä maka tzamaye ke te' Myari'is netzyiä syutupä.

—Nta primas ne' syutä nä' irä—

Äj tzatza'is ni'i'yä jima tzyiamaye.

Tiram ne' pyijktäju äj ntajkmä, jyiapâyaju no'a y kyiotyiapa jäyäram. Tenhtzyunhpä wäkä a'mä tire ne' tzyiäkyaju. Nukyipä te' kowiräram, jyotzpäkyiapa äj mayi, jäpyia äj mayi'is tzyiampa ke pyatyaju' äjtzi tajksipä na'is 'yakapoya'omo.

—kyäsayaju te' pyilu, kyetzyiajuse ketpa.

Je'apäkpätzi. Muspa ke te' yomo' nämapyiapätzi Myiaria jinte tye. Jinä tza'äyi. Yäti wyiyunse ne' na'tzupä wäkä ma' a'ma te' kusneyupä mesya'omo ka'upä.

Namayomo*

Hoy fui a espiar a María otra vez, mientras se bañaba en la orilla del río. En esta ocasión, sin esperarlo, ella me aventó una piedra. Con estruendosa carcajada, burlándose de mi astucia, dijo que se me saldrían los ojos de tanto mirar.

—Te espero mañana, a esta misma hora —me sedujo con su voz.

En el claro oscuro del lugar, rodeado de árboles y arbustos, el brillo de aquella silueta dejó ver las puntas de sus pechos tocando el horizonte. La mujer chapoteó el agua y cruzó del otro lado. Exprimió su cabello y desapareció. Respiré un perfume embriagador que me dio la sensación de estar borracho. Llegué nervioso a casa. Amanecí deseando la hora de la cita.

La encontré desnuda, recostada en una piedra. Al tomarme la mano, sentí el mismo perfume que me hizo estremecer. Luego, un regocijo por mis venas me volvió loco. El paraíso de sensaciones invadió mi cuerpo, me sentí infinito. No sé cómo volví a casa, solo amanecí en la cama y escuché llorar a mi hermana en la cocina. Dijo haberme buscado al darse cuenta de que no volvía a casa.

Si llega entrar a mi habitación para confrontarme le diré lo de María y justificaré mi enamoramiento con lágrimas.

—Nuestra prima me corresponde.

Yo sé que ella sabrá guardar el secreto.

Hay ruido en la casa, encienden velas y ponen flores. Me detengo en la esquina para observar, en silencio. Cuando las personas llegan a la casa, mi madre se suelta a llorar, los abraza y les dice que me encontraron desnudo a la orilla del río.

* Mujer del agua o guardiana del agua en *lengua ore'tzame* (zoque)

—Tiene el pene roído, como si se lo hubieran mordido.

Suspiro. Ya sé qué María no era María. No siento angustia ni vergüenza. El único miedo que tengo ahora es de acercarme al féretro.

Pi'okpa tzyuwe
(Lengua ZOQUE, Chiapas)

Ne' syaná'u.

Nempä putpa tzama'is tzyiokoyomo, muja äk naka nä'jinh. Ne' pyitumä nä, ampä äj yomune wyijt. Päjkpä äj tujk maka mejtze äj nwyitkozäjk.

Nukpa kukjama.

Yäti papinyomätzyiä, ne'nhakasi tempa wäkä kosyiä te' pätam ne' tyiosyajubä yosanhomo. Jojkpa tumä kyoputubä'is tyioskuy. Ketutzi tumä sähnpäpä'is nyaka, maka jo'ke tyunhomo. Pyatu y nyämayu.

—Mij way jene sunyi ompa, pomarrosase. Kena te' tzapas jäyaram mij kopajkomo jene sunyi tiajk ampä. Te' ju'ktäjkztat wo'tupä mij känäkäsi jene sasaram. Ka mijtzi tä ketzpa, tiajk ketzyapa äj wyit te' tzatjinh.

—Jene käsapä tziampa pyät, pa'ajk mij tzame. Ka sutpa muspa tä tzäjkta mä nema. Mij wejapyia äj sä'nhomo, maka tane' äj ame çketpa te' mäja kojtzäjk? Teyire maka kosänhaje. Mijtzi metza te' anhtunh.

Eyarampä päntam te'serike nyämayakerupä, nukyaju, oyu myetzya'e nem kyiekujk te' jama. Po'yaju tzunhkiaju yisyajukätzi tyumpä pajk tujkpa ne' pyitzä'anä'uk, näpyapa te' päntam, yä tzyuwe'is piajk ne' nä äktyio'u.

Yä säsä ketpapä päät äjtene. Te' maja tzama nimeke mijksa. Makapäntä nitzunhi te' syiäjk

Pi'okpa tzyuwe*

Amanece.

Del vientre de la montaña, emerjo envuelta en llamas. Con el manto de rocío me visto toda. En el manso arrollo veo mi rostro de niña. Emprendo mi camino en busca de mi pareja.

Es medio día.

Segura de ser una mujer joven, me paro en esta cumbre para divisar los distintos hombres trabajando la tierra. Espero a que uno deje su parcela. Ah, ese de bronceada piel mostrando costillas voy a atajarlo al cruce de aquella vereda.

Lo inmovilizo.

—Tu cabello con olor a pomarroza me embriaga. Mira nomás: Esa corona de tulipanes en tu cabeza te hace ver chula. Esos coralillos te quedan bien como collares. Me dejaría morder por ellas si lo haces tú primero.

—Tú no te quedas atrás, hombre. Esta piel la podemos hacerla arder. Te invito a mi cumpleaños al rato. ¿Ves esa cumbre de piedra? Allí va a ser la fiesta. Vas a ver marranos; pero tú busca la puerta, entra.

Aquellos hombres que les he dicho lo mismo, han acudido a la cita por la tarde. Mas salen huyendo cuando el sol de la tarde toca porque mi piel y mi carne se derrite. Alcanzo a oír que han dicho: Los huesos de esa viejita se quieren acostar conmigo.

Este de piel bronceada no se me escapará. La montaña comienza a moverse. Los temblores de la tierra anuncian fiesta y procreación.

* La mujer que arde o guardiana del volcán Chichonal.

MARCIA RAMOS

Maternidad

Está con las piernas abiertas para recibir a Hutzilopochtli, dios del sol, puja con todas sus fuerzas y una luz le quema los ojos. No alcanza a conocer la belleza y entre sus delirios comienza su odio por la tierra. El dolor de ser humana se le pega en el útero y decide dar venganza a su carne abierta por ese cuerpo de mujer. De su interior sale una semilla color rojo con pies y manos. Coatlicue madre de todos los dioses, abandona a su hijo el Sol que sabe estará a salvo sobre las nubes, sin embargo, arroja a su hija Mictecacíhuatl, diosa de la muerte. La esconde del mundo en el fondo de la tierra, la leche materna se le escurre por el cuerpo hasta ser un riego y espera que dé los frutos más sangrientos.

Sedución

Te acercas, hueles la desesperación, miras las arrugas debajo de los ojos, las joyas que te ofrece, la esposa que abandonará y los cincuenta años de infelicidad que vivió a su lado. Aprecias su inocencia, su calvicie que no es sinónimo de sabiduría, los huesos que rechinan y dice que quiere ser tu proveedor.

En su desesperación por la piel fresca se inscribió en una página de citas, vio el cuerpo moreno y leyó tu nombre: Xtabay. Nunca pensaría que una diosa azteca buscaría un hombre que se sentía podrido por dentro. Por primera vez sería infiel, un lujo que a sus años se daría. Abre la puerta de un cuarto de motel, te invita a pasar, le brindas una cuerda y él sabe cómo satisfacerte. Se ahorcará para por fin limpiarse e ir a tu encuentro, pero te vuelves cadavérica. Él fracasa en deshacer el nudo de su cuello, mientras recibe tu beso, el de la diosa del suicidio.

Refugio

Ser primos no les prohíbe besarse el cuerpo, acariciarse con la lengua y absorber la piel. No se dan cuenta que la cama desapareció y están sumergidos en el vientre de Tlazoltéotl, diosa de los amores ilícitos y del sexo, cuarto perfecto para la eterna lujuria.

MARGARITA
LEÓN

Xudi*

Estoy dentro de una cueva, hay murciélagos asustados y un pájaro *Tutubixiii* herido. Las hormigas tienen fiebre, apesta a los días que no quieren irse. Camino, corro y tropiezo con un tren lleno de pájaros a punto de partir, los pájaros se asoman por las ventanillas extienden sus pañuelos y lloran. Se van. Hay una sombra sentada frente a mí, todo lo mira y lo controla. Es mi sombra, ella vagaba sola en el monte, el *Bitháiv* se la llevó. ¡La encontré! Las luciérnagas están ebrias otra vez, chocan entre sí y se apagan. Está muy oscuro. Tocan. Déjame entrar grita el tiempo del otro lado de la puerta. Tocan otra vez ¡Aquí no vive nadie! Responde mi sombra.

* Sombra.

Zithuv*

Abrí la ventana para que entrara un poco de aire, él estaba ahí afuera esperando para entrar, se metió bajo la cama poco antes de que me quedara dormido, clarito sentí como absorbía mi aliento, quise huir, pero mi sueño ya estaba muy lejos. Mi cuerpo ya flotaba sobre mi cama, luego el *Tutubixí* cantó y se paró sobre el mezquite viejo. No escuché las voces, tampoco sentí las espinas bajo mis pies, corrí tan rápido como pude, entre los cardos de algodón, su voz me llamaba cada vez más de cerca, me guiaba hacia la gruta. Mi padre me llamó por mi nombre más de tres veces, mi madre sollozaba. Volví, mis pies sangraban. Él sigue bajo mi cama.

* Amo del inframundo, es la deidad más poderosa en la cosmovisión otomí.

MARIANA ROCA
C.

Sin discriminar

El dolor de espalda empezó hace unos días. Con trabajos pude cambiarme de ropa y, cuando lo logré, noté una constelación de puntos rojos que se formaba en mi pecho. Sabía que sería mejor no volver. He dedicado días enteros a cuidar la fiebre y el dolor de tantos y ahora habré de pagarlo con mi propio cuerpo.

Conquistadores se denominan unos; guerreros, otros. Al final yo seré quien los venza. Tan ingenuos, se arrodillarán ante mí por igual blancos e indios.

Llegaron en construcciones de madera que flotan en el agua; llevan cuerpo y cabeza cubiertos de metal. Sus espadas no respetan ni a ancianos ni a mujeres, su pólvora no tiene deferencia por ninguna deidad. Habremos fracasado en el intento de proteger los templos, ¿o por qué nos das la espalda, señora Chalchiuhtlicue? ¿Eres tú, Gran Diosa, quien ha mordido mi pecho? Ahora se desmoronan los cuerpos junto con nuestro pueblo.

Para conquistar hay que cambiar la esencia de la gente desde dentro, nublando su vista y provocando un dolor que inmovilice los músculos; aumentar la temperatura de su cuerpo hasta que sientan que han tocado el fuego y, luego, reventar la piel en llagas purulentas que esparzan el mismo sufrimiento. No hace falta conocerlos para eliminarlos.

No tenemos con qué bajarles la fiebre. Ir de una casa a otra tratando de calmar el dolor no ha hecho más que esparcir la enfermedad entre nosotras. ¿Qué será de mis hijos en mi ausencia? Señora mía, si has decidido que este sea mi fin, ayúdalos a ellos. Familias enteras tiemblan de frío. No tienen comida. Señora, dame fuerzas para encontrar resguardo esta noche. Que

mis hermanas avisen a mis hijos que no voy a volver. He visto a madres caer ante sus niños. ¿Cuál es tu ira, Huehuetéotl?

En nombre de la corona, dicen ellos. Pues de la corona y de ellos me río yo. Serán muchos quienes no vuelvan a España, que ni siquiera lleguen a la lucha. Poco a poco los voy reduciendo. Me alimento de su piel.

Los muertos son tantos que hubo que apilar los cuerpos para quemarlos. Para allá voy. Se dice que vinieron por el mar como quien camina en tierra seca. Aquí no han llegado, pero enviaron la más cruel de sus armas de avanzada. Viruela, le llaman. Dudé de la fuerza de su dios y tú, señora, has permitido que sembrara esto en mi cuerpo.

Por amor

Mis ojos lo miraban, casi sin querer. Mi padre me llamó a la cautela. Gonzalo nació uno de ellos, pero era leal a nosotros. La prueba fue cuando de ese barco enorme descendieron hombres con armas que tronaban como el cielo. Gonzalo lo llamaba pólvora, dijo que podía encender la paja, perforar los cuerpos y hacerlos arder.

Después de esa batalla, mi padre, cacique de Chetelal, en la provincia de Bakhhalal, lo nombró capitán de nuestro ejército y nos permitió unirnos. Gonzalo aceptó ambos honores. En Punta Cotoch, guio a los hombres contra Francisco Hernández de Córdoba, pero para mí la verdadera contienda son esos tres hijos que tuvimos.

Cuando Cortés envió al tal Aguilar a buscar a Gonzalo, mi marido respondió que no podía irse. “E ya veis estos mis tres hijitos cuan bonicos son”, le dijo. Aguilar le recordó que era un cristiano, le aconsejó que no perdiera el alma por “una india”, que, si era por nosotros, nos llevara con él. Pero los zarcillos en las orejas y el labio inferior bastarían para que Gonzalo fuera rechazado por los suyos. ¿Qué nos esperaba a mí y a mis hijos? Se decían sus amigos, pero no era verdad.

Más allá de la idolatría a nuestros dioses y la confianza en el maíz, lo que Gonzalo sentía era amor por mí y nuestros hijos: los primeros, que se sepa, que mezclaron nuestra sangre con esa que traían ellos del otro lado del mar, aquella que presumían tan distinta, pero que corría y bañaba de rojo igual que la nuestra.

Profesaban la religión del amor, pero esos cristianos mataron a Gonzalo cerca de Puerto Caballos.

Dirán que los primeros mexicanos fueron producto de la violencia que ejercieron ellos sobre indios e indias, y pocos se

harán el tiempo para averiguar que los primeros tres mexicanos fueron producto de nuestro amor, y los entregamos a esta tierra para que lucharan, como su padre, por la justicia. Al paso de los siglos veo, con pesar, que esa justicia nos fue negada.

Otro modelo

Quieren que te llame madre, pero no te conozco. Te han colocado frente a mí y te veo: eres hermosa, tu mirada dulce y tu corazón abierto. Dicen que debo llevarte flores y que, si enciendo una vela y te lo pido con el corazón, harás cualquier cosa que una madre haría por mí, una madre grande y milagrosa.

Pero tú no te pareces a mi madre. Ella tiene las manos raspadas por el trabajo en la tierra, los pies hinchados y en las piernas le saltan las venas. Su piel es oscura y se siente rugosa, brilla de sudor; la tuya, de santidad.

Se habla de tu fuerza. Mi madre también es fuerte, pero comete errores. Se dice que criaste a uno y lo perdiste. Ella crío a ocho, cinco se murieron y se le nota en la mirada, pero todos los días se levanta antes que el sol por los que seguimos vivos. ¿Qué te hace mejor que ella, si no has podido mantener vivos a mis hermanos? Eso dice mi abuela.

Se habla de tu amor infinito y que por eso hay paz en tu rostro, a pesar de la tristeza. Ella tiene la mirada endurecida y no tiene tiempo para conceder favores a extraños, ni espacio para criar a alguien que no haya parido. Dicen que el enojo es una decisión, pero no para ella.

Quieren que te llame madre y te han colocado en esta habitación. Quieren que te ame nomás de verte, sin que me devuelvas la mirada; que confíe en tu magia mientras me obligan a negar la de mis antepasados.

Nos llaman salvajes, pero ellos son quienes trajeron la imagen de un muerto martillado a una cruz para que lo veneremos. Mi madre también sacrificó a sus hijos, por el trabajo, por la fiebre, por el hambre, y porque llegaron los tuyos, esos blancos con barba y sin piedad.

Eres otro modelo de madre. O eso dicen. Pero no puedo llamarte así. Tus colores son distintos, y tú no me miras ni me abrazas. Dicen que debo confiar en ti, que ponga mi vida en tus manos, esas que nunca me han acariciado; que demostrarte mi amor es renunciar a lo que me han dicho mis padres que soy. El amor es infinito, debería venir sin condiciones. Que nada me faltará... pero aún queda pendiente el milagro de verlos actuar como nuestros hermanos. Sin esa magia, no eres más que un cuadro colgado en la pared de lo que ellos llaman templo.

MÓNICA LAVÍN

Guardainfantes

1

Alababan mi vestido. Pero mi sonrisa no se debía a sus palabras, sino al esmero de quien me atendía protegido por la generosa armazón de mi ampulosa falda.

2

Nadie podía sospechar que bajo aquel atuendo que acentuaba mi cintura e inflaba mis caderas, mi pene bailoteaba con la alegría de fingirme mujer.

3

Las palabras de caligrafía aireada, solo rumor de viento o tinta sobre papel, eran el guardainfante de Juana Inés en los saraos de la corte. Una vez que las asentó en papel, la saya se pegó al cuerpo sin andamio y la estructura íntima quedó en las palabras publicadas para siempre.

Clase de cocina

Entre suspiros, besos y bienmesabes, la herencia culinaria en el convento disimulaba recónditos apetitos.

Juana de San José

Soy esclava de una monja en clausura. Me encierran mi negra piel,
mi nombre de mujer y los muros jerónimos. Sor Juana me
venderá a su hermana y asentará la transacción con la pulcritud
retórica de la poeta.

Poema

En las entrelíneas de mi existencia perenne están los arrebatos y las horas aciagas de la monja ilustre que diluyó su corazón en las formas de la escritura. Resisto como una ambición del intelecto más que un desliz de la entrepiera.

NATALIA
MADRUEÑO

Del nuevo mundo en que, aunque hay sol, para algunos es de noche

El señor Bartolomé se puso triste cuando la familia que vivía en el monte, con todo y niños, se mató hace cuatro soles. Yo le expliqué que estaba bien, que cuando un cacique se muere, toda su familia y sus sirvientes se tienen que matar junto con él o cuando su cuerpo muera de otra forma, su alma también se va a morir, y aquí nadie quiere eso, prefieren llegar al cielo y seguir sirviendo a su señor, atenderlo eternamente.

El señor Bartolomé me explicó qué es un alma, y un alma es un ánima, por eso supe explicarle que cuando alguien de una familia se revela y no se mata cuando muere su señor; cuando por fin abandone la tierra, no podrá irse al cielo; al contrario, se quedará en este mundo y se convertirá en viento porque su ánima se desvanece con su cuerpo.

¿Yo? No, a mí no me interesan los bienes temporales, tampoco me importa vivir una eternidad. No estoy aquí para que usted me haga cristiana o me evangelice como dice el señor Bartolomé. Si estoy aquí es porque quiero ser libre y dejar de servir a mi señor o a ustedes que no se acaban, a ustedes que llegan y llegan y no le veo final. Yo lo que quiero es ser viento entre las flores y los árboles de mi tierra. Por eso estoy aquí, porque ayer escuché a uno como usted decir que los indios de esta tierra debemos saber que sólo hay un Dios, un Papa y un rey de Castilla que es señor de estas nuestras tierras, aunque nosotros ya tengamos otro señor; y que debemos obedecer y si no, nos harán la guerra, pero la guerra ya está hecha; o si no, nos matarán o capturarán y nos harán esclavos, pero ya lo somos. Por eso vine, para que por favor me arranque usted el cuerpo y pueda yo salir

volando hasta allá, hasta donde es de día mientras que aquí para mí, siempre es de noche.

La flor bañada en Rocío que fue arrancada del jardín en que quería crecer

Cuando conocí a Jatzibe, a pesar de su belleza, aún no estaba prometida con nadie, ella me quería y yo a ella, entonces nos entregamos entre el maíz que yo mismo había cosechado.

Yo pertenezco a la clase macehualli, así que hablé con mi padre y le supliqué que solicitara que se le casara conmigo, pero la Cihuatlanque me la negó, dijo que mujer tan hermosa le pertenecía a un noble.

Por eso tuve que matarla, hacerle honor a su nombre. Y aunque nadie lo entienda lo hice para salvarla de lo que pasaría después de su matrimonio, cuando la familia de su esposo empezara a sacar las vasijas rotas como nuestras vidas, como nuestro amor. Cuando la familia la señalara y dijera que era una vergüenza para todos el no haberse guardado para su esposo.

Y ahora estoy aquí, dispuesto a darle mi cabeza por ella, para que me deje traerle comida, colocar en su boca esta piedra y cuando se vaya al cielo, mi Jatzibe tenga lo necesario. Yo no importo, me consuela saber que yo fui al que ella realmente amó.

El ábaco de cabezas que viste el juego de la pelota y Él

El sol salió y el viento no dejaba de cantar, parecía un buen augurio, -Chac-Mool estaría de su lado- o al menos eso creyó. Él viviría una luna más, un sol más.

El día del partido, Él no pudo desayunar, tenía cosquillas en la barriga y sudoración excesiva. Él en lo único que podía pensar era en que, pasara lo que pasara, no debía perder; nunca lo había hecho y esta vez no sería la excepción ¿por qué tendría que serlo? Sin embargo, sí sería la primera vez en que enfrentaría a un hombre Jaguar.

Los hombres Jaguar eran hombres más grandes de lo normal, y un numeroso grupo de ellos recién habían llegado a Tula. Los hombres Jaguar tenían ojos rasgados y labios prominentes, voces feroces y miradas ardientes.

Él sabía que no era lo mismo enfrentarse a un gigante pintado de rojo que a un par, pero estaba seguro de sus destrezas con la pelota.

Se anunciaron las reglas, en el Tzompantli sólo uno de los participantes podía conservar la cabeza, y al final se supo, que no sería la de Él.

PAOLA TENA

El equilibrio del mundo

¿Quién era él? Nadie lo sabía, y por eso le ofrecimos alimentos dignos de un dios, otros sabrosos solo para los hombres y, por último, el forraje de los animales, para ver cuál escogía y así nos indicara el camino que debíamos seguir. Pero él comió de todo, con un hambre voraz que no se saciaba nunca.

Luego abrimos los cestones y le mostramos los atavíos de las divinidades. Los de Quetzalcóatl: la máscara forrada con turquesas y un travesaño de plumas de quetzal con un disco áureo en el centro. Luego, la pechera con espejo de obsidiana para verlo todo, de Tezcatlipoca, Señor de la oscuridad. Después, los atributos de Tláloc, dios de la lluvia y de los ahogados: un collar de jade y una manta roja con bordados de oro. Por último, el cayado torcido de Ehécatl, dios del viento, curvo por arriba, incrustado con piedras preciosas. Él se vistió con todo lo que pudo; el peso de los collares de jade dobló su cerviz y se inclinó como una vara a punto de romperse cuando tomó un escudo en cada mano. Nuestros ojos se abrieron por el asombro: nunca habíamos contemplado la majestad de cuatro dioses dentro de un solo hombre. Nos hincamos para adorarlo, y él sonrió complacido en la gloria de su poder.

El ixiptla¹ don Hernando, la encarnación de la divinidad, se debatió violentamente cuando, después de siete días de quemar copal, los tlamacazqui² guardianes de los dioses, abrieron su pecho con una hoja afilada de obsidiana para liberar el corazón de su atadura mortal, y su cuerpo rodó escaleras abajo desde lo más alto de la pirámide. Todos bebimos de las vasijas donde se recogió su sangre para que así los dioses se alimenten de sí

¹ *ixiptla*: según los aztecas, encarnación de un dios en la forma de un ser humano.

² *tlamacazqui*: sacerdote azteca.

mismos, y mantengan el equilibrio de nuestro mundo con su magnífica benevolencia.

Basaseachic

Cuando el mundo todavía estaba tiernito y no habían llegado los chabochis³, vivió aquí Candameña, el amo de los rarámuris⁴. Tenía solo una hija, Basaseachic, a quien amaba más que a nadie. Muchos eran los que aspiraban a ella, pero Candameña les puso trabas que solo cuatro superaron. En la última prueba, a Tonachi, señor de las cimas, le pidió que trajera el secreto de los zopilotes para volar sin miedo; a Pamachi, de más allá de las barrancas, el sigilo del lobo; a Areponápuchi, el de los verdes valles, el misterio para crecer de noche como los pinos, y a Carichí, filigrana del viento, la potencia para sostener a las águilas pendiendo del cielo.

Todos murieron, y Basaseachic, desesperada y sin revelar cuál de ellos poseía su amor, se arrojó al abismo y en su caída el *oviruame*⁵ la transformó en cascada; desde entonces, su dolor no deja de fluir por las profundidades de la barranca, erosionando la piedra. De Candameña nada más se supo, pero dicen que aprendió por fin los secretos de la naturaleza que tanto ansiaba poseer, y su espíritu vaga triste por la sierra, buscando a su hija entre las aguas furiosas de la cascada.

³ *chabochis*: en lengua rarámuri, “los que tienen barbas”, reminiscencia de los conquistadores españoles.

⁴ *rarámuris*: nombre con el que se autodesignan los indígenas que habitan la Sierra de Chibuabua, que significa “los de pies ligeros”.

⁵ *oviruame*: chamán rarámuri.

Kórima

Tata Onorúame⁶ creó a los rarámuris y el diablo a los chabochis, pero no al mismo tiempo. Esto que te cuento sucedió hace mucho, cuando el cielo era joven y la luna se comía los piojos de la cabeza del sol. El lucero de la mañana mandaba sus rayitos de luz a la tierra, pero no eran suficientes para espantar las tinieblas tercas de las barrancas; por eso nuestra piel es oscura.

Los primeros rarámuris, una niña *-teveke-*, y un niño *-towí-* eran chiquitos como el mundo y vivían en chozas de lodo y palma; no tenían animales que les hicieran compañía y andaban desnudos porque todavía no sabían de la vergüenza. Como no podían ver nada, a cada rato se tropezaban y se hacían daño, hasta que un día la luna y el sol, compadecidos, se tocaron el pecho con crucecitas mojadas en tesgüino⁷ y empezó el diluvio. Los niños treparon al pico más alto que encontraron para huir del agua enfurecida; tenían en la mano tres semillas de frijol y tres de maíz. Cuando terminó el aguacero, las plantaron en un huequito de la tierra. Entonces los dos niños se acostaron y tuvieron un sueño; de la cosecha, nacimos todos los rarámuris.

Sin embargo, los espíritus malévolos que todo lo tuercen mandaron a la tierra a los chabochis⁸ de piel pálida y barbas de diablo, y nos retaron a una carrera que no pudimos ganar, aunque tenemos los pies ligeros. Ellos, en castigo, nos quitaron las tierras y desde entonces nos guarecemos del frío ocultos dentro de los

⁶ *Onorúame: dios de la cosmogonía rarámuri, "el Padre".*

⁷ *tesgüino: bebida alcohólica destilada por los rarámuris, a base de maíz;*

⁸ *chabochis: en lengua rarámuri, "los que tienen barbas", reminiscencia de los conquistadores españoles.*

bostezos de la tierra, donde no pueden llegar las bestias, esperando el día de *kórima*⁹ que está por venir.

⁹ *kórima*: vocablo que designa el compromiso de la comunidad de ayudar al necesitado. Se puede traducir como “comparte”.

RUTH PÉREZ
AGUIRRE

Xtáabay

La esposa del joven X-Batlis Chan se encuentra enferma. Él la cuida, amoroso, mientras los días en su choza transcurren desapacibles, carentes de voces; no quería dejarla ni un momento sola, pero la comida empieza a faltarles y eso le provoca ansiedad. La mujer, con la mirada, le hacía ver que tenía hambre y sed, necesitaba algo para llevarse a la boca.

Él no espera el amanecer y sale a la milpa aún en la oscuridad de la noche, iluminado con una pequeña antorcha. Empieza a cortar los elotes y los echa a la canasta.

Como salida de la nada, una mujer se aparece y le ofrece ayuda. Él no sabe quién es, y menos la reconoce en la oscuridad, pero se pone feliz de contar con ella. Lo único que le interesa es acabar más rápido y regresar a casa.

La extraña mujer lleva su rostro cubierto con un manto. Llena enseguida el canasto ante el asombro del indio. Cuando se descubre, X-Batlis Chan queda cautivado con su belleza. Se aproxima a él y sopla en su rostro un aroma de miel.

Un tecolote, chillando, gime de dolor. El indio siente miedo, lo advierte en su piel erizada sin razón aparente.

Xtáabay le sonríe con dulzura; los cascabeles de unas serpientes suenan como címbalos de latón y los acompañan mientras ella lo guía a su morada. Él, dócil, la sigue adonde sea, sus recuerdos los va tirando por el camino, se siente feliz, cree que ella es su esposa, sana y bella como ninguna otra.

Pasan los días, X-Batlis Chan se entristece al sentir que ya no la ama y no comprende cómo puede pasarle eso. Se inquieta al escuchar de nuevo el canto del tecolote, y se pregunta si será que esa ave de mal agüero quiere decirle algo. Nervioso abandona

el lecho, hastiado de un amor imposible de corresponder. Se interna en el campo, sus doradas milpas lo ven sufrir.

Xtáabay lo sigue, enloquecida por su desdén. Cuando lo encuentra se planta frente a él riendo a carcajadas, como loca, mientras le clava un puñal en el corazón.

El maya, antes de morir, ve en ella el rostro de su esposa, ya no lo confunden los hechizos de la bruja.

El tecolote canta de nuevo en la ventana de la casa, sigue cantando su tonta canción de muerte. El alma del buen indio se eleva y entra a su choza. La esposa ha muerto hace varios días. Era lo que el tecolote repetía en su canción que presagia la muerte de todos menos la suya.

Las princesas no aman a los plebeyos

Cada mes, Luna de Turquesa va acompañada de un séquito de doncellas hasta un cenote cerca de Chichén Itzá. Su padre, quien la ama tanto, le concede ese capricho porque se sentía protegido por los dioses.

En una ocasión, después de bañarse, Luna de Turquesa descubre a un joven que la mira, escondido entre las ramas de los arbustos. Se inquieta, pero su alma pura, la hace tranquilizarse. El joven lleva una flauta y empieza a ejecutar una lánguida melodía que los pájaros acompañan con sus trinos. La princesa pide a sus doncellas que aguarden un momento mientras termina de oír la melodía. Al terminar, el joven se aleja aprisa. Las doncellas se ríen de su actitud, pero la princesa sonríe complacida.

Al llegar al siguiente mes, el joven toca con gran sentimiento. Mientras se bañan, interpreta melodías que hablan de un amor sublime, inalcanzable. Ella manda a preguntarle quién es y qué desea. Él responde que su nombre no importa, estaba cautivado por ella y su corazón lo había ofrecido a la luna azul. La respuesta la entristece; no puede corresponderle, era noble y estaba predestinada a la luna. Un par de lágrimas brotan de sus ojos y se las envía con una doncella. Al recibirlas, se convierten en dos lágrimas de turquesas.

En el siguiente encuentro, el joven Rayo de Sol es invitado a tocar adentro de la gruta. La princesa deja de bañarse para platicar con él y escucharlo tocar. Su amor debía ser algo celestial y puro. El sentimiento crece y se angustian; el soberano jamás permitiría que se casaran. Ella, temerosa de los dioses, y del rey, podría ser castigada por la impureza de hablarle y de amarlo.

Cuando lo supieran, serían implacables. Lloro desconsolada cada noche. El joven quiere hablar con el padre; a

ella le tiemblan los labios al imaginar ese momento frente a él. Rayo de Sol la sigue hasta Chichén Itzá. La princesa acepta cautivada por la fuerza de sus sentimientos y valentía. El joven lleva un majestuoso quetzal.

El padre se encuentra en los ritos con los sacerdotes para detener la furia del dios, y les enviara días de lluvia. Las siembras se secaban, la gente moría y Chac le exigía al rey su más valiosa posesión: su hija.

Era lunes, día dedicado a la luna. Fue ataviada como la princesa maya que era: una túnica blanquísima y un inmenso pectoral de turquesas. Los brazaletes abundaban en sus brazos y tobillos; dedos y orejas lucían aros de oro, y en la cabeza, una diadema dorada. En sus manos, temblaban las sonajas. Chac la esperaba en lo profundo del cenote para devolver el bienestar al pueblo. Luna de Turquesa mientras caía a las aguas sagradas, lloraba gemas azules.

Rayo de Sol gritó sintiéndose herido. Tomó un trozo de obsidiana y con furia se lo enterró en el corazón. Las dos almas se elevaron, unidas, hasta el cielo, convertidas en dioses...El sol se eclipsó totalmente.

VICTORIA
GARCÍA JOLLY

Ni amor ni mezcal

Tzintzimitl inútilmente trataba de educar a Mayahuel, quien desde niña fue coqueta, rebelde e incontrolable. Era necesario conservar puro el linaje de las estrellas femeninas del firmamento para cumplir su misión: evitar la salida del Sol y, con ello, dominar al mundo. Ignorando sus deberes, Mayahuel se alejaba del inframundo y venía a la Tierra para divertirse tatuándose soles en los brazos y bebiendo en interminables parrandas con sus amigos. Hasta que una mañana despertó en brazos de un joven barbado y guapo, de aspecto poco común: su cuerpo, aunque parecía el de una portentosa serpiente, estaba cubierto de las más brillantes y coloridas plumas como las de un ave. Sintió repugnancia, pero antes de poder preguntarse ¿quién es este güey? Tzintzimitl los halló; en su furia separó los cuerpos unidos como estaban en la forma de un árbol y descuartizó a su nieta ante los atónitos ojos de Quetzalcóatl, quien apenas reunió sus plumas se apresuró a salir antes de perecer a manos de la vieja. Él lloró mares enteros, seguramente por el susto y no por la joven, como se cuenta; tampoco es cierto que de sus lágrimas nació la planta del maguey, que por fortuna es menos trágico y garantiza borracheras formidables, pues con él se producen el pulque, el tequila y el mezcal.

(Cuentos del armario)

Prisión de plata

—Don José, mi amado José, sépase usted, señor de la Borda, que cuando se ausenta para ir en busca de ricas vetas en sus minas, yo, su mujer, me desquicio por no poder salir ni a confesarme. Usted, no es un marido sino un carcelero.

—Señora mía, adorada doña Teresa, no se queje, por piedad. En el tercer piso de esta casona que cobija nuestra sagrada familia, le he mandado construir un largo balcón para que salga y contemple la calle de Plateros; calcule la dicha de tener el mundo a sus pies, de saludar a sus vecinas envidiosas desde tan alto y de avistar el campanario de Catedral llamando puntualmente a misa. Más no puedo darle. Desconfío de vos, de la coquetería de su mirada y, sobre todo, de sus pecados.

Retratos

A la niña la pinta la santa María y viceversa.

El futuro secretario de Indias

José Mariano Ybarra y Gallo buscábase una profesión de altos miramientos. Criollo de estas tierras como era, se le daba el arte de conversar, la facultad de imaginar y la dádiva del juego, de la misma manera que se le negaban la disposición al trabajo y las voluntades de obrar y realizar aquello imaginado. Para acoger la dicha profesión, como súbdito leal de sus majestades, contemplábase digno funcionario: sería oidor —ciertamente de sordos oídos—, o comendador —libre de encomienda—, o corregidor —incorrectísimo—, o visitador —falto de destino—. Sería, como Dios manda, un ilustrísimo político.

SEMBLANZAS

ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ

Ciudad de México. Profesora investigadora en la UACM (Creación Literaria). Autora de *La sal de los días*, *El infierno de los amantes*, *Viajes ilustres*, y *Si todos somos monstruos...* y, de crítica y teoría, *Las teorías literarias y el análisis de textos* y *Permanente fugacidad. Ensayos sobre minificción*.

ANGÉLICA SANTA OLAYA

México, escritora y maestra de Creación Literaria. Autora de 15 libros. Publicada en 75 antologías internacionales de diversos géneros. Primer libro de minificción: *Feisbuqueo, luego existo*. Traducida al rumano, portugués, inglés, italiano, catalán y árabe.

AZUCENA FRANCO

Ciudad de México. Maestra en Letras Latinoamericanas por la UNAM, es autora de *Corpus Cantus*, ha publicado en las antologías *Diversidad(es)*, *Microfilmes en prosa*, *Dentro de la piedra*, *¡Basta! Cien mujeres contra violencia de género*, *Resonancias*, entre otras.

CARMEN ROS

León, Gto. Profesora, investigadora y co-fundadora de la licenciatura en Creación Literaria de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; doctora en Letras Modernas por la

Universidad Iberoamericana. Ha publicado cuento, novela, reseña, entrevista, reportaje y ensayo.

CECILIA EUDAVE

Guadalajara, Jalisco. Autora de varios libros de cuento, novela breve y ensayo. Ha recibido varios reconocimientos entre los que se destaca el premio de novela Juan García Ponce y la Cátedra América Latina en Toulouse, Francia. Le han otorgado varias becas y estancias de creación. Ha sido traducida a varios idiomas.

ERIKA RIVERA BRAVO

Estudió Relaciones Internacionales en el Tecnológico de Monterrey, Campus Ciudad de México, donde imparte clases de Historia a nivel bachillerato. Doctora de Métodos y Técnicas de Investigación Geográfica, Histórica y Artística por la Universidad de Educación a Distancia, Campus Madrid. Autora de *El misterio de los ocho pétalos*.

FABIOLA MORALES GASCA

Puebla, México. Maestra en Literatura Aplicada. Autora de *Luciérnagas*, *El mar a través del caracol*, *Crónicas sobre Mar, Tierra y Aire*, *Frasquito de cuentos* y *Confeti*. Participante en diversas antologías.

GLORIA RAMÍREZ FERMÍN

Ciudad de México, 1984. Doctora en Humanidades (Teoría Literaria), docente en Literatura. Co-antologadora de *Resonancias* (BUAP, Puebla, 2018) y editora de *Las musas perpetúan lo efímero* (Micrópolis, Lima, 2017).

ILALLALÍ HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Pachuca, Hgo. Escritora y editora independiente. Estudió en la escuela dinámica de escritores. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas. Ganó el primer concurso de cuento Ricardo Garibay por el libro *El recorrido por la mansión del Conde*. También es autora de *Cuentos de 6 líneas con dictamen, textos basados en el I Ching*.

JUDITH CASTAÑEDA

Ciudad de México. En 2005, recibió el Premio Nacional de Literatura Joven Salvador Gallardo Dávalos y en 2007, el Premio Nacional de Cuento Joven Alejandro Meneses y el Premio Nacional de Narradores Jóvenes María Luisa Puga. Ha sido becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes. Ha publicado en diversas revistas y suplementos culturales.

KARLA BARAJAS

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Estudió la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Publicó *Neurosis de los bichos* (La Tinta del

Silencio, 2017), *Esta es mi naturaleza* (Editorial Surdavo, 2018), *Cuentos desde la Ceiba* (La Tinta del Silencio).

LAURA ELISA VIZCAÍNO

Ciudad de México. Es doctora en Letras por la UNAM. Ha publicado distintos artículos sobre narrativa breve y los libros de microrrelatos: *CuCos* (Ficticia, 2015) y *Bienmesabes* (La Tinta del Silencio, 2017).

LYZ SÁENZ

Escritora en lengua ore'tzame (zoque). Forma parte de la Organización Cultural Abriendo Caminos "José Antonio Reyes Matamoros". Fue becaria del Programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes FONCA 2014-2015. Su obra está incluida en *Ts'unun. Los sueños del colibrí, poemario en cuatro lenguas de Chiapas: chol, tsotsil, zoque y tzeltal*, *Muñecas. Antología Internacional contra el abuso infantil, poesía y arte* y *Sureñas, narradoras y poetas jóvenes de la zona Sur*.

MARCIA RAMOS

Tijuana. Escritora y Maestra. Libros publicados: *Brevidades infinitas* y *Diles que no nos vean* por La tinta del silencio.

MARGARITA LEÓN

Escritora bilingüe (otomí-español) ha publicado su obra en diferentes espacios impresos y digitales; nacionales e internacionales. Ha publicado, entre otras, dos poemarios bilingües, parte de su obra se ha traducido al inglés y al holandés. Su obra se centra en la exploración de la poética originaria de la cultura otomí. Ha participado en diferentes recitales, encuentros y foros en México y en el extranjero.

MARIANA ROCA C.

México. Estudió Letras Inglesas Modernas en la UNAM y el diplomado de creación literaria de la SOGEM. Editora de revistas, producción de libros y catálogos de arte. Trabaja para una organización feminista de derechos humanos como editora e investigadora.

MÓNICA LAVÍN

Ciudad de México. Es autora de más de una veintena de libros de cuentos, novelas y ensayo. Ha recibido varios premios: el Nacional de Literatura Gilberto Owen, Narrativa de Colima y el Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska. Sus cuentos han sido traducidos a varios idiomas. Ha promovido el cuento mexicano a través de varias antologías. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores.

NATALIA MADRUEÑO

Jalisco, México. Escribe cuento, ensayo y minificción. Docente en la Universidad de Guadalajara y promotora de lectura. Publicada en distintas antologías y revistas internacionales. Antóloga de *Minificciones desde el encierro* y *Microbios*.

PAOLA TENA

Chihuahua, México. Pediatra y escritora. Imparte talleres literarios y de elaboración de fanzines. Ha participado en varias antologías de minificción. Ha publicado los libros *Cuentos incómodos* (2019), *Mini Bestiario* (2020), *Las pequeñas cosas* (2019), *Cordón colorado* (2020) y *Rosa mexicano* (2020).

RUTH PÉREZ AGUIRRE

Yucatán, México. Reside en Tabasco. De profesión Maestra y escritora. Editora de *Ediciones btuRquesa Cartonera*. Escribe diversos géneros y minificción. Tiene 30 libros publicados; su trabajo está antologado en cien obras.

VICTORIA GARCÍA JOLLY

Ciudad de México. Es socia y fundadora de la revista *Algarabía*. Autora de *Para amar al arte* (2016), *Cuentos del armario* (2017), *Espectrándote* (2019). Ha participado en diversas de antologías en México, Perú y Chile.

Índice

CARMEN ALEMANY BAY	
Algunas notas a propósito de esta antología	7
ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ	
Viaje al inframundo	13
Tour por México	14
Castas	15
Dónde vas, pobre de ti	16
ANGÉLICA SANTA OLAYA	
La otra historia	19
Libre al fin	20
Otras circunstancias	22
AZUCENA FRANCO	
Mayáhuél	25
Ilusa	27
CARMEN ROS	
Fortuna negra	31
Salvación	33
CECILIA EUDAVE	
Epístola	37
Pies abrasados	39
Destino misógino	40
ERIKA RIVERA BRAVO	
Delatores	43
Dos arrobas	45
Ahuatle y acociles	46
FABIOLA MORALES GASCA	
El asalto	51
Alabanza	53
Epidemias	54

GLORIA RAMÍREZ	
Profecía	57
Evangelio	58
Cantar de los días de ocaso	59
ILALLALÍ HERNÁNDEZ	
Zopilote*	63
Nota del investigador Iván Pérez Téllez	65
JUDITH CASTAÑEDA	
Cuitláhuac	69
Luego de Carpentier y de Venecia	70
Acallan	72
KARLA BARAJAS	
¿Hombre o mujer?	75
Reina con nombre propio	76
Epitafio	77
LAURA ELISA VIZCAÍNO	
La suerte de la monja, la casada la desea	81
Plan incendiario del Convento de Santa Clara de Jesús de la Ciudad de Santiago de Querétaro	82
El glotón	83
LYZ SÁENZ	
Näwäyomo (lengua Zoque, Chiapas)	87
Nämayomo	88
Pi'okpa tzyuwe (lengua Zoque, Chiapas)	90
Pi'okpa tzyuwe	91
MARCIA RAMOS	
Maternidad	95
Seducción	96
Refugio	97

MARGARITA LEÓN	
<i>Xudi</i>	101
<i>Zitbuv</i>	102
MARIANA ROCA C.	
Sin discriminar	105
Por amor	107
Otro modelo	109
MÓNICA LAVÍN	
Guardainfantes	113
1	113
2	113
3	113
Clase de cocina	114
Juana de San José	115
Poema	116
NATALIA MADRUEÑO	
Del nuevo mundo en que, aunque hay sol, para algunos es de noche	119
La flor bañada en Rocío que fue arrancada del jardín en que quería crecer	121
El ábaco de cabezas que viste el juego de la pelota y Él	122
PAOLA TENA	
El equilibrio del mundo	125
Basaseachic	127
Kórima	128
RUTH PÉREZ AGUIRRE	
Xtáabay	133
Las princesas no aman a los plebeyos	135

VICTORIA GARCÍA JOLLY	
Ni amor ni mezcal	139
Prisión de plata	140
Retratos	141
El futuro secretario de Indias	142
SEMBLANZAS DE AUTORAS	143

Esta edición digital de *Miradas a otros mundos: Lo prehispánico
y lo virreinal desde la minifcción de autoras mexicanas*,
coordinada por Cecilia Eudave y Adriana Azucena
Rodríguez, se terminó de diagramar
en Lima – Perú,
en septiembre de 2021.

Miradas a otros mundos conforma un tapiz inédito en la literatura mexicana. Cada una de las piezas que el lector/a tiene ante sus ojos nos redescubre un mundo que fue, que existió, y que ahora estas escritoras reinventan para ti, para tu gozo.

Carmen Alemany Bay



Quarks
Ediciones Digitales

ISBN: 978-612-48697-0-9



9 786124 869709